

das. Ahora bien; ¿sabes lo que son las posadas? Son las antiguas cavernas de ladrones, civilizados, perfeccionados y suscritos á *El Constitucional*.

Yo te aseguro, Adela mía, que estoy muy contento de volver. En Gisors encontraré tus cartas. En Fourqueux te encontraré á ti. Un beso á Didina, un beso á Charlot, un beso á *Totó*, un beso á Dédé. Todos vosotros sois mi gloria y mi vida. Te abrazo y te amo, Adela mía. Mis afectos á tu padre, á Martina y á nuestros amigos.

1837

—
BÉLGICA

CREIL

Amiens, 11 de agosto, á las 9 de la noche.

Te escribo presurosamente algunas líneas desde Amiens, amada esposa. Llego y sólo encuentro tinta clara en el mármol de un armario y este papel que ves. Te amo, Adela mía, créeme. Te escribiré más extensamente la próxima vez.

El camino de París aquí es un gran jardín. Hay muchas iglesias verdaderamente bonitas. Creil es una linda villa con edificios antiguos y hermosos, un puente cortado por una isla y aguas donde se refleja todo esto. Hay en Breteuil un exquisito torreón del siglo xv que sirve de casa de correos. Es como en Verneuil.

Y luego un delicioso campanario que me ha parecido correspondería á una hermosa iglesia.

Te escribo todo esto entre un ruido atroz, y con la tristeza en el corazón. Pienso en mi gozo si os pudiera ver á todos, mi querida Adela. Es muy tonto dejar la casa donde se está tan bien para venir á comer con cubiertos de mesón, donde se leen las canciones de

Beranger á través de la sopa. Pero ¿qué quieres? Hay que cambiar la disposición del espíritu, y los viajes sirven para esto.

Adiós, mi buen ángel, hasta pronto. Besa por mí á Didina, á quien quiero tanto, y á Charlot, Totó, y Dédé, bésales ocho veces en ambas mejillas. Te amo, Didina mía; te amo, Adela mía. Mil besos.

V.

GREFF

II

EL SOMME.—ARRÁS

Arrás, 13 de agosto, á las 6 de la tarde.

He calculado que recibirías mi primera carta en el mismo momento en que te escribo la segunda. Es una dicha para mí pensar que ocupo tu pensamiento en el preciso instante en que el mío está fijo en ti.

Aquí me tienes, en Arrás, dispuesto á penetrar en Bélgica. Ayer mañana recorrí en vaporcito las orillas del Somme desde Amiens á Abbeville. Mientras me embarcaba, levantábase el sol entre una densa bruma, en medio de la cual se destacaba la inmensa silueta de la catedral, sin ningún detalle en la masa, únicamente con el contorno. Era soberbio.

Nada más bonito que las riberas del Somme. No se ven más que árboles, prados, céspedes y lindas aldeas. Mis ojos tomaron allí un baño de verdura. Nada que sea grande, nada severo, sino una multitud de cuadritos flamencos que se siguen y se parecen; el agua corriendo hasta los bordes entre dos ribazos de cañas y de flores, islas exquisitas, el río culebreando graciosamente en medio de ellas, y por todas partes reducidas y risueñas praderas de hierba tupida, con hermosas y pensativas vacas, sobre las que cae un cálido rayo de sol entre los altos álamos. De vez en

cuando nos detenemos en las esclusas; y mientras se realiza este corto trabajo, la máquina de vapor jadea como una bestia fatigada.

Va costeándose así Picquigny, que tiene un hermoso campanario, y el gran castillo casi regio con fachada de ladrillo y piedra que pertenece al señor de Boubers. Hay también, bajando, á la derecha, en una isla, algunas ruinas que me parecieron notables, aunque demasiado bajas para el viajero que pasa en vapor detrás de las altas hierbas. Esas hierbas y esas cañas, por lo demás, producen un efecto delicioso. Cuando el surco del vapor las sacude al tocar la orilla, se ponen á saludar á los pasajeros del modo más gracioso y atento del mundo.

He vuelto á ver Abbeville con gran placer; y á las cuatro partí para Doullens, adonde llegué á las nueve de la noche.

Para quien no conoce este camino, constituye una hermosa sorpresa San Riquier, maravillosa abadía del siglo xv, casi en ruina, que se os aparece de pronto á tres leguas de Abbeville. He puesto pie á tierra, no hay que decirlo, y he pasado una hora en pasear por las naves y en dar vueltas al rededor de las estatuas, que son muy numerosas y la mayor parte admirables. Algunas están todavía pintadas con sus colores del siglo xvi. En la capilla de la Virgen, hay una *Maris Stella* esculpida en forma de ménsula que hubiera deseado poder dibujar. Desdichadamente me faltaba tiempo. La Virgen en una estrella, los demás astros en torno, la nave destrozada, el mar furioso, el puerto en el fondo, todo es arrebatador. En estos momentos se está reparando esa magnífica abadía, pero mal.

Hay en la plaza de la aldea una hermosísima torre atalayá con cuatro torrecillas adosadas. Me hubiera gustado al menos dibujar ésta, pero había que partir.

La carretera serpentea hasta Doullens por las on-

dulaciones de las grandes llanuras, lo que aburre en general á todo el mundo y á mí me gusta extraordinariamente. De vez en cuando se encuentra un viejo molino carcomido, de aspas encarnadas. Las telas están cortadas de modo que dibujan una estrella en el centro de la cruz que forman las aspas. Seguramente habrá en ello alguna bondadosa y dulce superstición. *Maris Stella*. (Hazte explicar este latín por Totó.)

Doullens no ha hecho nada para su paisaje, que es encantador. Es una vulgarísima é insignificante villa, cortada por una corriente, hundida entre los árboles, rodeada de bellas colinas. Pobre cuadro con marco muy rico. Hay una ciudadela con murallas, polígonos y contraescarpas, lo que me importa poco. Vauban, en el paisaje, es muy tonto. No tolero los triángulos y los cuadrados de las fortalezas modernas más que en Van der Meulen.

Esperaba algo mejor de Arrás. Sólo he quedado contento á medias. Es verdad que hay dos plazas con fachadas de volutas en estilo flamenco español del tiempo de Luis XIII. Pero no hay iglesias. Digo mal, un innoble campanario como el de San Jaime de Haut-Pas. He querido entrar en aquella iglesia. Ningún medio de abrirla. Estaba cerrada con triples cerrojos. Y he comparado esa iglesia estúpida é intratable con una mujer fea, exageradamente pudorosa. Pero también ¿por qué diablos quería yo entrar?

En una de las plazas, la menor, hay una bonita casa de la villa del siglo xv, junto á un delicioso edificio del Renacimiento. La fachada sería admirable si los arquitectos del terruño no hubiesen tenido la idea de mejorarla, lo que la hace parecer una decoración gótica del antiguo teatro del Ambigú. Ahora restauran la torre atalaya. ¡Cómo pondrán ese pobre edificio!

Yo me dejo llevar, querida esposa, por el placer de conversar contigo, y me apercibo de que la página está llena. La comida se ha enfriado hace rato, mas ¡qué importa! Es preciso, empero, terminar esta larga carta. ¡Escribeme, Adela mía! Dale ésta á mi Didina. Y, además, dale mil besos, así como á los demás, y guárdate las tres cuartas partes para ti. ¡Oh! ¡Cuánto me tarda ya volveros á ver á todos, y á ti especialmente! Te amo.

V.

Mis afectos á nuestros buenos amigos, á nuestro Luis, á Robelín, á Chatillón, etc.

III

DOUAI.—VALENCIENNES.—CAMBRAI

Valenciennes, 15 de agosto.

Mañana, esposa mía, estaré en Bélgica. Empiezo ya á necesitarlo; pues, exceptuando Douai, la Francia, después de Arrás, es de una rara vulgaridad.

Y no exceptuaría siquiera á Douai si no poseyese la más bonita torre municipal que he visto en mi vida. Figúrate una torre gótica, cubierta por una techumbre de pizarras, que se compone de una multitud de pequeñas lumbreras cónicas superpuestas; sobre cada ventana una veleta, una torrecilla en cada ángulo; en la punta de la torre un león que da vueltas con una bandera en las patas; y de todo este conjunto tan agradable, tan caprichoso, tan vivaracho sale un concierto de campanas. En cada pequeña lumbrera se dibuja una campana que suena desaforadamente, como una lengua en una garganta.



He dibujado esa torre, y cuando contemplo mi dibujo, á pesar de ser tan informe, me parece oír todavía el alegre repiqueteo que se escapaba de él, como el vapor natural de aquel conjunto de torrecillas.

Al pasar por Douai me hubiera gustado ver á nuestro pobre Antony Thouret. Me he informado en la ciudad y está ausente. En Douai no hay iglesia, pues no llamo iglesia á un montón desastroso que hay en un rincón.

La maravilla del hastío es Cambrai, que se llama en latín *Camaracum*. Allí hay una endemoniada plaza que pretende, con sus tiendas alumbradas, parecerse al Palacio Real y que sólo alcanza á parecerse á la plaza del Châtelet, más grande y más fea; una casa de la ciudad clásica é innoble cubierta con un gran reloj que los naturales del país os muestran con orgullo, porque, según dicen, fué construído por un pastor (¿qué me importa que Tirsis haya construído aquel reloj?). En fin, la catedral, esto es, la torre de San Jaime de Haut-Pas, encaramada sobre la puerta de Santo Tomás de Aquino. El todo lleno de habitantes. El conjunto es horrible.

Hoy era fiesta. Debíanse arrastrar en procesión por la ciudad grandes carros de cartón dorado llenos de niñas coloradas. Escapé. Esperó de la misericordia de Dios que no pondrá jamás en mi camino la capital del Cisne de Cambrai. Preferiría volver á leer *Télémaco*.

Valenciennes no vale gran cosa más que Cambrai. Había una atalaya muy noble y muy severa del siglo xiv; mas hará cosa de cien años le cubrieron el pie con un pesado pastel dórico y le pusieron una cabeza barroca de piedra azul, lo más feo del mundo. La piedra azul aplasta la piedra gris, de modo que la torre amenaza ruina. Todas esas ineptias dan risa y mueven á tristeza. Estas gentes tenían también un curioso palacio municipal español de 1612. Y lo están raspando.

Visto esto, y algunas casas antiguas muy raras, no queda en la ciudad más que la ciudadela. Decidida-

mente Vauban me abruma; no puedo comprender esas fortalezas que oculta una mata de hierba. He dicho en *Nuestra Señora* que la imprenta ha muerto á las iglesias, y podría añadir que la artillería ha muerto á las fortalezas.

Aquí también hay una gran plaza, pero vulgar y estúpida, sobre todo si se la compara á las dos plazas de Arrás que he vuelto á ver á la luz de la luna, más admirables aun que de día. Por la noche desaparece el color, y no quedan más que las líneas.

El color de este país empieza á aburrirme. Las casas son encarnadas, las mujeres rubias, las llanuras amarillas; me tarda ya ver la piedra, la verdura y el cabello negro, sobre todo el tuyo, Adela mía.

Añade á esto que la carretera de Cambrai aquí está infectada de cipos en mármol azul, de columnas dóricas en granito gris, etc., que los viandantes obesos y encarnados que llenan los caminos toman por monumentos. Hay uno para la batalla de Denain, con dos mediocres versos de Voltaire en bandolera; otro para el general Dampierre, una columna con una corona de bronce en la cabeza, que de lejos tiene el aspecto de ir á por agua á la fuente. Yo me había resignado al cipo de la señorita Duchesnois. No sé cómo lo he esquivado.

Me detuve un rato en el campo de batalla de Denain. Bien necesita ese recuerdo, pues es una llanura como otra cualquiera, y no he encontrado en esa mala aldea—que hace decir á Voltaire: *en Denain*, como hubiera podido decir *en París* ó *en Londres*—más que una sola casa muy antigua que pudiese haber visto *al audaz Villars dispersar el rayo*, etc.

Y va otra carta sin fin, Adela mía. Me dejo llevar del placer de contarte todo lo que veo. Quisiera que lo vieras conmigo. Espero que nuestra Dédé va de bien en mejor, y que todos estáis buenos. En cuanto

á mí, me he puesto muy encarnado, lo que me hace estar en armonía con las fachadas de ladrillo y el pelo de los habitantes.

Me figuro que esta carta llegará al propio tiempo que tu padre. Abrázale de mi parte. Estaré mucho más tranquilo cuando sepa que está con vosotros. Y escíbeme largo y tendido.

IV

BRUSELAS

Bruselas, 17 de agosto, á las 8 de la noche.

Adorada esposa, estoy deslumbrado aun de Bruselas, ó, por mejor decir, de dos cosas que he visto en Bruselas: el palacio municipal con su plaza, y Santa Gudula.

Las vidrieras de Santa Gudula están hechas de un modo casi desconocido en Francia, verdaderas pinturas, verdaderos cuadros en vidrio de maravilloso estilo, con figuras como de Ticiano y arquitecturas como de Pablo Veronés.

El púlpito de madera esculpida de Enrique Verbruggen que hay en la iglesia data del 1699. Es la creación entera, toda la filosofía, toda la poesía figuradas por un enorme árbol que sostiene entre sus ramas un púlpito, en sus follajes un mundo de pájaros y de animales, en su base, á Adán y Eva arrojados por el entristecido ángel y seguidos por la regocijada muerte y separados por la cola de la serpiente, en su cúspide la cruz, la Verdad, el niño Jesús, y bajo el pie del niño la cabeza aplastada de la serpiente. Todo este poema está esculpido y tallado en la encina del modo más firme, más tierno y más espiritual. El